

Tres viñetas

MARCO AURELIO CARBALLO

En Sanborns de la plaza Altavista, leo “El reino vencido”, de René Avilés Fabila. Es sábado y estoy a tiempo a fin de entrar a ver, a solas, “Capote”. Entonces la capitana, chaparrita y de cabello teñido de güera, me interrumpe. ¿Todo bien, caballero?, pregunta. Ya se sabe, cuando las necesitas, por lo que sea, te ignoran. Ahora me pregunto, ¿caballero? y ¿cómo tengo que dirigirme a ella? Decirle ¿diligente dama o damita? Hago lo de siempre, demando silencio. Me pongo el dedo índice sobre los labios y vuelvo a la lectura. Ella se desconcierta. Todos los capitanes se desconciertan

*

Al día siguiente, estoy de nuevo en el mismo Sanborns. Es domingo. La familia verá “Orgullo y prejuicio”. Llamo a Cabeza Teñida. Las papas de la ensaladilla del club sándwich estaban crudas, le digo. Tengo tal experiencia en papas que nomás de verlas descubro si están crudas. Ella se aturde. No están programadas para recibir información así. Para eso tienen la libretota a un lado de la caja. Le repito el informe. Ahora se la checo, caballero, dice la mujeruca. Nada, le digo. No quiero que me cheque nada. ¿Va a checar si están crudas? Se lo digo para que tome nota, para que se lo diga a la cocinera, para que la siguiente vez me toquen papas bien cocidas.

*

Luego de ver “Capote” le digo a Bruno (15), quien ya la ha visto con sus amigos, que me encantan los cuentos y

las novelas del autor de “A sangre fría” pero que las canciones de Johnny Cash me dejan frío, excepto “Folsom prison blues”. Con esa canción termina “Johnny and June: pasión y locura”, película que me pareció muy buena y, el final, trepidante. La actuación del güerejo Philip Seymour Hoffman, que representó a Truman Capote (1924-1984), se me hizo excelente. Pero de “Johnny and June: pasión y locura” no sólo me gustó la película sino también la actuación de Joaquín Phoenix. Esa noche, en la entrega de Óscares, veo con tristeza que Phoenix pierde.

*

La cajera del Sanborns de Coyoacán tiene un aspecto extraño. Es de baja estatura y de cabello corto y negro y como levantado en puntas con engrudo, de atrás y de los lados. Estoy en la fila. Veo que teclea incesante en la caja registradora. En mi turno me obliga a decirle buenos días cuando le entrego la nota de mi consumo. He saludado a la recepcionista, al capitán y a la mesera. Antes al encargado de los baños. A La Menina (idéntica) que me echa la basura a los pies, bajo mi mesa, porque a esa hora barre... No puedo pasarme la vida deseándole buenos días a todo el mundo. A los cilindrerros que te acosan a la entrada y a la salida.

La cajera me ha dicho buenos días de manera mecánica y casi a gritos agrega que mientras me cobra que le “regale” una firma en la libretota. Quiere que palomee la excelencia del servicio, de la comida, etcétera. Ella tiene la boca enorme y los dientes muy blancos. Le sobresalen los colmillos como si trajera dos popotes. He estado en la fila varios minutos. Una mujer hizo como que no me veía (un metro ochenta; ochenta kilos) y se metió delante de mí. Todos pagaron con tarjeta de crédito. Yo, en efectivo.

Podría decirle a Cabeza de Jabalí que no tengo tiempo, que me lo ha hecho perder, que me urge hacer pipí o que no sé escribir. Desde hace cinco sexenios he anotado en la libretota que vendan pan de centeno en la panadería, y no me han hecho caso. Bueno, han ignora-

do a Balzac, a Bashevis Singer, a Cervantes Saavedra, a Dostoiewsky, a Hemingway, mis diversos seudónimos. Señorita, le digo, vengo casi todos los días, no puedo estar contestando preguntas por escrito en cada ocasión.

Podría irme al Vips, pero no me gusta. Ahí no sólo no me obligan a firmar libretotas sino que tampoco hay nadie en el baño con la mano extendida en espera de propinas. Tienes que manosear el dinero cuando ya te lavaste las manos.

Cabeza de Jabalí levanta la cara y me ve con desprecio. Guarda silencio. Da la impresión de que no se explica por qué alguien se resiste al palomeo.

Tengo quince años de ir al Sanborns de Coyoacán. Antes fui ocho años al de San Antonio y mucho antes, ocho al de Lafragua. Para variarle voy en ocasiones al de Los Azulejos, al de Balderas o al de Aguascalientes. Capitanes van y capitanes vienen. De pronto descubro a meseras que conozco de vista desde unos treinta años atrás.

Aprenderé a rezar para no encontrarme de nuevo a Cabeza de Jabalí y para que las feministas no me rompan las piernas.



Del Prado

¿Publicar o morir?

Petunia y yo trazamos un plan a fin de estar a tiempo en la presentación de un libro de cuentos de Arturo Arredondo. Iba a ser el primer día de la Feria del Libro en el Palacio de Minería. Puedo afirmar que el plan resultó perfecto. No sólo llegué a tiempo, lo hice minutos antes de la hora fijada. La nueva edición del libro que debía comentar, "Gozoología mayor", nunca me llegó y el domingo, día de la presentación el vuelo iba a aterrizar hora y media antes. El sábado hubo un apagón en el aeropuerto del DF y por lo mismo, retrasos de muchos vuelos.

En el auditorio número cuatro, Arturo Arredondo estaba de pie cerca del presidium. Charlaba con amigas y amigos. Le sobresalía del sombrero de fieltro una cola bien peinada y bien trenzada. A la moda. Llevaba sus gafas graduadas y un saco deportivo de lana. Años atrás le había presentado ese mismo libro, editado por Joaquín Mortiz. La reedición era del Coneculta-Chiapas.

Antes de viajar a Tapachula para que coordinara un Taller de Narrativa pesqué al vuelo, del librero, el ejemplar de Mortiz. Por las prisas me quedé con la pasta en la mano. El contenido estaba en el suelo. La tinta puede desaparecer en treinta años, dicen. Pero nadie ha dicho que el pegamento se evapore en quince.

De ida y de vuelta, en las salas de los aeropuertos, releí varios de los doce textos del libro. De inmediato reparé en que debo ya empezar a releer... La relectura empieza, supongo, a partir de cuando tomas un libro de tu biblioteca y al hojearlo no te acuerdas de nada. Claro, hay que hacer una selección. No puedes releerlos todos. Releo pues el texto sobre el acto sexual de las cucarachas. La hembra termina matando al cucaracho y sus hijos se lo comen... Si Kafka hubiera estudiado la vida de los animales, el final de Gregorio Samsa, en "La metamorfosis", hubiera sido contundente, me atrevo a opinar.

Por segunda vez había tratado de comer a treinta mil pies de altura un bollo con jamón y queso. Luego de la primera ocasión juré nunca más comer ese pan inflado y frío. Petunia estuvo puntual en el aeropuerto. Metí las maletas en la cajuela. Tomé el metro en la estación Viaducto.

Pagué la entrada al Palacio de Minería. El patio estaba más despejado que otros años. Podías desplazarte sin la aparición del síndrome del provinciano irredento, el malvado y siniestro engentamiento.

Saludé a Arturo Arredondo y le hice aquella propuesta que él aceptó sin tomar en cuenta que íbamos a ocupar la hora completa. Es decir, no le permití que hablara él solo. No fue premeditado. Lo juro. En la Feria las presentaciones duran cincuenta minutos. Una edecán te lo advierte.

Si eres un viejo lobo de Feria firmas los libros a la puerta de la entrada. De preferencia afuera. De otra forma la edecán te dice al oído que ya llegaron los que siguen y que debes abandonar la sala. Aplicas el proverbio de no hacer a nadie lo que no quieres que te hagan.

Sin preámbulos ataqué a preguntas a Arturo Arredondo. En sus respuestas dijo que había corregido algunos problemillas de sintaxis de la primera edición del libro y que los críticos no saben lo que dicen cuando afirman que, al paso de los años, un escritor pierde espontaneidad. Son unos ignorantes pues el narrador termina por dominar cada vez más el oficio.

Arredondo contó que está en el undécimo dictamen de su novela "El hechicero". No se la quieren publicar. Yo he leído fragmentos y es buena. Le recordé el consejo de Patricia Highsmith, no desalentarse sino después de veinte dictámenes desfavorables. Hay que guardar el texto porque podrían venir tiempos mejores.

También podría arrojar el libro al fuego. Pero ¿será casual que siempre hay alguien que lo rescata y publica y se vende como Harry Potter? Sólo debemos cuidar de que la compañera o el compañero esté cerca, los hijos o

un gran amigo. Un Max Brod. De otra manera nadie lo salva del fuego.

Le dije al micrófono a Arredondo que yo estaba recuperando el resuello después del noveno rechazo de un mamotreto. Recuperado iba a continuar recorriendo editoriales. Tiene "punch", me dicen. Pero aquí no publicamos esa clase de libros.

Arturo Arredondo y yo somos de Tapachula. Descreo de que haya un "complot" en nuestra contra. Tampoco mala suerte. Esperemos a que los astros sean propicios o a que los dioses remuevan la piedra que nos han dejado caer encima. John Kennedy Toole (1937-1969) se voló la tapa de los sesos y cuando su mami consiguió publicarle "La conjura de los necios" hasta el Púitzer le dieron.

Jettaturas aparte sobre los Kennedy, este John no tenía nada más que escribir, sin duda. Por fortuna Arturo Arredondo y el de la tecla seguimos en la brega. El asunto no es publicar, sino darle a la tecla.

La "tális"

Estimado Raúl: Desde nuestro encuentro en el cumpleaños de Fernando Macías he estado rumiando sobre parte de nuestra charla. Me refiero a tu pregunta de qué libros te recomendaría. Como todo reportero que se precie hubo una respuesta pronta de mi parte. Es lo primero que aprende uno en el oficio, dicen, y acaso lo que se pierde al último. Ese defecto profesional puede ser dañino para quien reacciona con demasiada prontitud y fue mi caso. Agrégale el estrés. Por eso he estado rumiando el asunto y creo que la única manera de superarlo es comentándolo.

Haberte dicho que resulta difícil recomendar lecturas fue un error porque no todos tienen esa idea. Quienes la tenemos debíamos distinguir y poner en un aparte a quien hace la petición. Lo cual es distinto a que te induzcan a leer tal o cual libro.

Desde mis primeras lecturas tuve que decidir por mí mismo y esa actitud no ha variado. Desde mi pueblo

(costa, frontera y selva) compraba los libros por correo. Ya en el DF, un colega me recomendó Y llevarás luto por mí, la biografía de El Cordobés. Nunca la leí. En las mudanzas lo redescubría, lo empaquetaba y me decía que ahora sí iba a leerlo. Por fin lo deseché en uno de esos cambios, después de tres sexenios. Quién sabe qué explicación tenga eso.

He comprado muchos libros cuya lectura postergo por falta de tiempo. Pero sin experimentar la desazón que me ocasionaba aquél sobre toros y toreros. Puesto en el plan de recomendar, ¿por dónde empezaría? Por los autores que ocupan ahora mi atención y satisfacen mi gusto. El desorden como lee un autodidacto es perfecto y acaso aquí no quepa aquello de mi desorden es mi orden.

Gracias a la computadora haré la lista en orden alfabético y los títulos en orden descendente de importancia.

Empiezo con los británicos. De John Banville, Imposturas, Eclipse, El libro de las pruebas; de Hanif Kureishi, Intimidación, El cuerpo, El regalo de Gabriel, etc., y de Ian McEwan, Expiación y Ámsterdam.

Entre los gringos están, de Saúl Bellow, Hérzog, El legado de Humbolt, Ravelstein; de Philip Roth, Lamento de Portnoy, Pastoral Americana, El teatro de Sabbath, etc.: de Isaac Bashevis Singer, todo, pero Sombras en el Hudson es formidable; de John Fante, Espera la primavera, Bandini, Pregúntale al polvo, Camino a Los Ángeles, La hermandad de la uva y Un año pésimo (Anagrama) y de Raymond Carver, todo, De qué hablamos cuando hablamos del amor, ¿Quieres hacer el favor de callarte, por favor, etc., (Anagrama); de J. D. Salinger, Un guardián entre el centeno, Levantad, carpinteros, la viga del tejado y Seymour: una introducción, y Franny y Zooey.

Del austriaco Thomas Bernhard, Tala, Sí, El origen, El sótano, El aliento, Un niño, El frío, etc. Al sudafricano Coetzee imagino que, difundido con amplitud, luego de que obtuvo el Nobel, debes conocerlo ya lo suficien-

te. Te mencionaría sin ninguna duda Infancia, Juventud, El maestro de Petersburgo y Esperando a los bárbaros. Entre los amigos y conocidos mexicanos, a los cuales leo por esas mismas razones, excepto René Avilés Fabila, con El reino vencido (Nueva imagen) y El libro de mi madre (Miguel Ángel Porrúa), y Rafael Ramírez Heredia con El mestizo de Salgari y Otra vez el Santo (Alfaguara), los demás no han publicado.

Mucho de lo que leo o releo son libros sobre el oficio por el taller de narrativa que coordino en Tapachula, Chiapas. Te mencionaré algunos títulos porque en tanto ex reportero y gran lector quizá estés escribiendo ya tus memorias.

Por ejemplo, Mientras escribo, de Stephen King (Plaza y Janés). Menospreciado por los críticos gringos y por sus imitadores nativos, opino que su oficio es innegable. El libro es de mucha utilidad para quienes empiezan y para quienes vamos de salida.

Otros, acaso de difícil acceso porque se trate de ediciones agotadas o de editoriales casi marginales, podrían ser, de Raymond Chandler, El simple arte de escribir (Emecé); Francis Scott Fitzgerald, Cartas (Beatriz Viterbo Editora); de Gustave Flaubert, La pasión de escribir (Premiá); Philip Roth, El oficio: un escritor, sus colegas y sus obras (Seix Barral); Georges Simenón, Memorias íntimas en dos tomos (Punto de lectura); Sthephen Vizinczey, Verdad y mentiras en la literatura (Grijalbo); Patricia Highsmith, Suspense (Anagrama). Henry James y Robert Louis Stevenson, Crónica de una amistad (Hiperión); V.S. Naipul, Leer y escribir (Debate); de R.L. Stevenson, Juego de niños y otros ensayos (Norma); de Raymond Carver, La vida de mi padre (Norma); Hanif Kureishi: Soñar y contar y Mi oído en su corazón (Anagrama), y Gore Vidal, Una memoria (Mondadori), y El oficio de escritor (Era), que debes conocer muy bien. El postre: Kavafis, 56 poemas (Mondadori) y de Catulo, Algunos versos más desvergonzados (Mondadori). Raúl espero que de esta lista entresaque los que te dicen tus gustos y la intuición. ■